



UNA CITA

*pendiente*

OLGA SALAR

¿Te quedaste con ganas de saber más sobre Alberto de *Íntimos enemigos*?

Alberto Cifuentes siempre había creído que disfrutaba de tanto éxito en la vida personal como en la profesional. Sin embargo, una serie de acontecimientos le van a demostrar que estaba equivocado. En la boda de la mujer de la que se creía enamorado conocerá a la que podría ser la mujer de su vida, pero la dejará escapar... Aunque no por mucho tiempo; con el objetivo de conquistarla se arrastrará si es necesario, algo que nunca nadie hubiera imaginado debido a sus múltiples encantos.

¿Por qué opone ella tanta resistencia? Tequila, fados, más tequila y alguna que otra trampa porque, ya se sabe, en el amor y en la guerra todo vale, ¿o no?

Para el viajero que llega por mar, Lisboa vista así, de lejos, se erige como  
una bella visión de sueño,  
sobresaliendo contra el azul del cielo, que el sol anima.

Fernando Pessoa

*«Listen, listen  
I would take a whisper if  
that's all you have to give  
but it isn't, isn't  
you could come and save me  
try to chase it crazy right out of my head»*

Jason Walker

## Capítulo 1

No es que fuera algo evidente. Seguramente si Alba no hubiese estado tan pendiente de Alberto no se hubiese dado cuenta del sutil gesto de sufrimiento en que se contrajo su atractivo rostro cuando Ariadna dio a Daniel el sí quiero.

Pero lo había estado observando con detalle: sus rasgos, sus gestos, sus ojos, tan expresivos y vivaces, que hacían que sus piernas se negaran a sostenerla... No obstante, sobre todas las cualidades que matizaban su atractivo, estaba ese perfume que había embotado su cabeza cuando se había acercado a saludarla, amable, con una sonrisa triste pero auténtica en los labios.

Y es que su aroma la había convertido en un charco en el suelo, completamente derretida por el magnetismo y la bondad que emergía del poderoso cuerpo masculino que tenía a su lado, una mezcla difícil de resistir, si se tenía en cuenta todas las miradas interesadas que conseguía a su paso y de las que él parecía no darse cuenta.

Después de que Mónica les presentara oficialmente, descubrió que además de tremendamente atractivo era absolutamente encantador, el tipo de hombre al que era imposible resistirse si él se lo proponía. A pesar del tiempo transcurrido entre el cruce casual en *Novia Feliz* y ese segundo encuentro en la boda de Daniel, Alba todavía recordaba el instante preciso en que se topó con él camino del ascensor en las oficinas de la revista. Le impactó de tal manera que en esos momentos se preguntó quién era y de qué le sonaba, su cara.

Esa misma tarde, atragantándose con su excesiva timidez, se atrevió a preguntarle a Daniel por él, descubriendo así su identidad.

En cualquier caso fue Google y su infinita sabiduría, quién la puso al día de cualquier ínfimo detalle sobre su vida.

—¿Quieres hablar de ello o prefieres que nos emborrachemos? —preguntó Alba en voz baja, sin apartar la vista de la ceremonia que estaba a punto de finalizar.

Lanzarle la pregunta le había costado una taquicardia y diez minutos de control de la respiración.

Notó cómo Alberto daba un respingo, como si hubiera olvidado su presencia, y se giraba para observarla, completamente desconcertado al darse cuenta de su propia reacción.

—Creo que me quedo con la segunda opción, pero solo si bebes conmigo —contestó ganándose con ello la simpatía eterna de la secretaria.

—No suelo beber, pero me parece justo.

—En ese caso elige tú el tipo de bebida —ofreció con una sonrisa amable.

—Tequila —respondió sin pensar.

Él rio por lo bajo para no molestar a los demás invitados a la ceremonia.

—Siempre me ha parecido una bebida con mucho estilo —se defendió ella, en el mismo tono de voz.

—Tienes razón —concedió—, es perfecta para esta noche.

Dos horas después estaban sentados en un banco en una calle cualquiera de Roma, discutiendo acaloradamente sobre si esta era o no la ciudad más romántica del mundo.

Mientras Alba aseguraba que era la ciudad del romance era Roma, Alberto arrugaba el ceño y se reía por su candidez.

—No puedes decir que Roma es la ciudad más romántica del mundo basándote en las experiencias de otras personas —le reprochó Alberto medio en broma, medio en serio con la mirada perdida en el mechón dorado que se había escapado de su recogido y que cubría parcialmente sus ojos.

—¿Y no es eso exactamente lo que tú haces para alegar que no lo es? —preguntó Alba que había dejado abandonada su timidez en el salón de ceremonias del Hotel Imperial, tras varios chupitos de tequila, y unos cuantos roces casuales, o no tanto.

—Para nada. Yo hablo desde el conocimiento. Tú lo haces desde una idea ajena al romanticismo. He estado en Roma y he estado en Lisboa, y Lisboa gana por goleada.

Sin poder sujetar durante más tiempo el deseo de comprobar cuán suave era su cabello, alargó el brazo y tomó entre sus dedos el mechón rebelde que le tenía hipnotizado. Realmente era tan suave como parecía, la idea de comprobar si su piel también lo sería invadió su mente inesperadamente.

Alba era preciosa, y tan dulce... ¿Sabrían sus labios del mismo modo? No estaba lo suficientemente bebido, decidió cuando su cuerpo reaccionó a la idea de saborearla. Lentamente acercó el pulgar de su mano derecha a sus labios y los acarició con los ojos brillantes y la boca entrea-bierta.

Alba contuvo la respiración, y no la soltó hasta que su cabello estuvo perfectamente colocado en su sitio.

—Puede que tengas razón —concedió al final.

Antes de responder, Alberto apuró el tequila de su vaso y lo rellenó de nuevo. Alba rio al ver como arrugaba la nariz al sentir el amargor de la bebida.

—¿Puede que tenga razón? Te aseguro que la tengo y te lo voy a demostrar.

—¿Y cómo vas a hacerlo? Si puede saberse... —preguntó con curiosidad.

—Muy fácil. Vamos a ir a Lisboa juntos, y en cuanto pongas un pie en la ciudad te vas a convencer de que tengo razón. No hay nada más romántico que un fado, un viejo tranvía y el crepúsculo invadiendo la ciudad —le dijo, acercando su cara peligrosamente a la de ella. Sus ojos brillaban mezcla de la excitación provocada por la idea, y por el alcohol ingerido. Alba cerró los suyos y sintió el aliento de Alberto aliento cerca de su mejilla.

—No bebas más. Está empezando a afectarte —bromeó.

—Tenemos que ir, nos lo debemos. Después de esta noche es imprescindible que lo hagamos.

—¿Nosotros? —Se obligó a preguntar, para volver a activar su mente.

—Sí.

—¿Tú y yo? —dijo para asegurarse de que había comprendido correctamente.

—Tú y yo suele ser nosotros. Así que sí. Tú y yo.

—Sí, eso pensaba. —La cercanía de Alberto y la oferta, estaban haciendo estragos en su templanza.

—¿Cuántos días de vacaciones te ha dado Daniel? — Parecía impaciente por saberlo.

—Ocho días a partir de mañana —le dijo con la mirada clavada en sus ojos negros, que conseguían que sintiera la boca seca y las manos sudorosas.

—Perfecto. Mañana me voy a Berlín, tengo una sesión que no puedo posponer. Pero te veo dentro de tres días en Lisboa, en Casa de Linhares a las diez de la noche. Escucharemos un fado y descubrirás por ti misma que tengo razón.

—Eso es una locura, ¿y si no nos encontramos? ¡No sé nada de portugués!

—Nos encontraremos, y hacerlo aumentará el romanticismo de la noche. No puedes faltar... Pienso demostrarte que Roma no tiene comparación con Lisboa.

—No comprendo el idioma —volvió a repetir.

—Es muy fácil. Además, tienes tres días para estudiar lo básico. Realmente me gustaría mucho enseñarte la ciudad. Confía en mí —pidió.

—De acuerdo. Allí estaré. Pero dudo que cambie de opinión respecto a Roma.

—Lo harás —musitó acercándose varios centímetros más.

—No apuestes por ello.

—Eres tan dulce...

Alba sonrió con timidez.

—Lo digo en serio —replicó al comprender que no le creía—. Puede que esté un poco mareado, pero todavía sé lo que digo.

—Gracias. Pero no me conoces, así que no cuenta.

—Te conozco, sé que el rojo te sienta de maravilla —dijo haciendo referencia al color del vestido largo hasta los pies que lucía—. También sé que eres una romántica empedernida, y antes de que me preguntes porqué, te confesaré que he visto cómo te secabas las lágrimas cuando Daniel ha levantado en brazos a Ariadna y se la ha llevado.

Alba sonrió feliz al entender que Alberto la había estado observando.

—Además he descubierto que no te gusta el *champagne* y que cuando bebes tequila arrugas la nariz como un roncito. Podría seguir, pero creo que ya he demostrado que te conozco.

—Supongo que un poco sí —aceptó con una sonrisa.

—En ese caso, permíteme que lo repita. Eres muy, muy dulce. —Sus labios casi rozaron los de ella mientras hablaba. Su voz había bajado tres octavas y era apenas un susurro.

—Gracias, otra vez. —Aceptó el cumplido con una sonrisa, mientras esperaba un beso...

Pero este no llegó. Alberto cerró los ojos con fuerza, se apartó y dio un largo trago de su vaso, al tiempo que la

magia que se había iniciado bajo el cielo azul medianoche de Roma desaparecía.

No obstante, Alba no estaba dispuesta a marcharse sin su beso...

*Lisboa, el día de la cita...*

Alba se quedó parada en el umbral, admirando el edificio renacentista que tenía ante ella: techos abovedados e imponentes columnas de piedra. Al menos de momento Lisboa iba en cabeza.

Un camarero se acercó a ella con una amplia sonrisa de bienvenida:

—*Boa noite, senhorita. Bem-vindo à Casa de Linhares. Gostaria de uma mesa?*<sup>[1]</sup> —ofreció el camarero.

—*Sim, por favor* —dijo en su recién estrenado portugués.

Alba le siguió hasta la mesa mientras Ana Moura cantaba un precioso fado sobre la espera, el destino y la soledad:

*Quer o destino que eu não creia no destino  
E o meu fado é nem ter fado nenhum  
Cantá-lo bem sem sequer o ter sentido  
Senti-lo como ninguém, mas não ter sentido algum  
Ai que tristeza, esta minha alegria  
Ai que alegria, esta tão grande tristeza  
Esperar que um dia  
eu não espere mais um dia  
por aquele que nunca vem  
e aqui esteve presente*<sup>[2]</sup>

—*O que será necessário?*

—Estoy esperando a una persona —explicó mirando su reloj de pulsera. Las diez y cinco, todavía era pronto para preocuparse, se dijo.

—*Então, de volta, em seguida* —anunció el camarero con amabilidad.

Alba se sentó, pero no podía permanecer quieta, se estrujó las manos, taconeó el suelo con sus preciosos zapatos rojos comprados para la ocasión, y estiró sobre sus rodillas en sensual vestido negro que llevaba, pero era tan corto que apenas le cubría medio muslo.

En ningún momento despegó la mirada de la puerta, expectante y nerviosa por verlo atravesarla y sentarse a su lado. Lo poco que había visto de Lisboa la empujaba a darle la razón, sin duda era una ciudad llena de encanto y romanticismo, la misma música que estaba escuchando era suficiente prueba de ello. Sin contar con que la cita en sí, llena de misterio y de casualidades, era un ingrediente más para que Lisboa se hiciera con el premio.

Tres cuartos de hora después, el mismo camarero que la había acompañado a la mesa, le llevó una copa de vino sin que se la hubiese pedido.

Apartó la mirada de la puerta y la posó en sus ojos verdosos y comprensivos, los suyos interrogantes:

—*Es Oporto e invita la casa, por ser a mulher mais bonita do local* —le dijo con una sonrisa comprensiva y exenta de lástima, algo que agradeció.

—Muchas gracias.

—*É um tolo*<sup>[3]</sup> —anunció el camarero.

Alba sabía lo suficiente de portugués, después de pasarse los tres últimos días devorando la bibliografía completa de Fernando Pessoa y sus heterónimos, para entender lo que quería decir el hombre.

*No, pensó, la tonta he sido yo.*

## Capítulo 2

### *Seis meses después*

Alba entró en el *Eden* con paso elegante y decidido sobre sus tacones de diez centímetros. ¿Quién le hubiese dicho hacía unos meses que lograría sentirse segura sobre ellos?, ¿o que conseguiría replicar a Daniel sin echarse a llorar?

Sacudió la cabeza como si con ello pudiera apartar de su mente semejantes pensamientos, que le recordaban su timidez y el esfuerzo que hacía día a día por superarla, y accedió a la discoteca en la que se celebraba la fiesta.

Mabelle Cosmetics, por fin abría mercado en España, y Alba como jefa de prensa de *Novia Feliz* tenía más que el privilegio, la obligación de asistir al evento, y conseguir un buen acuerdo para la publicación que representaba. Tras varios días hablando con el representante de la firma, su asistencia a la presentación era una mera formalidad, ya que el trato estaba prácticamente cerrado de antemano.

En los meses posteriores a la boda de Daniel y Ariadna, la organización interna del grupo *Von*, y más concretamente de *Chic* y de *Novia Feliz*, las revistas que habían levantado los actuales presidentes del grupo, había cambiado considerablemente. Las ventas de ambas se habían disparado y los dueños, en lugar de contratar gente nueva para los cargos directivos, habían ascendido a los trabajadores más preparados para los puestos vacantes. Por esa razón, Alba, licenciada en Periodismo por la Complutense, se había

convertido en la candidata perfecta para ser la jefa de prensa de *Novia Feliz*.

De manera que ahí estaba ella, adentrándose en una de las fiestas privadas más sonadas de los últimos meses, con ganas de estar en cualquier otro sitio, y obligándose a sonreír como si estuviera encantada de asistir a un evento que apuntaba a ser más de lo mismo.

Esforzándose en dejar de lado su timidez, se acercó a la barra y pidió un refresco, de ese modo nadie sabía si su copa llevaba alcohol o no. Lo primero que había descubierto cuando comenzó a asistir a ese tipo de reuniones fue que las apariencias realmente importaban, y mucho. Era poco *chic* no beber el cóctel de moda, o limitarse al agua mineral. Por esa razón, Alba recurría a los refrescos que ocultaban tan sutilmente la verdad. ¿Quién iba a saber si iban acompañados de alguna bebida espirituosa? Incluso el agua con gas podía pasar por un *gin tonic*.

Para infundirse ánimos se atusó su nuevo corte de pelo, long bob, y esperó a que el camarero se acercara hasta la zona de la barra en la que se había acomodado.

Durante un largo segundo se quedó muda, observando al moreno de bíceps imponentes, que se le había aproximado para preguntarle qué iba a tomar. Reaccionó justo a tiempo para no parecer tonta o en el mejor de los casos, que desconocía el idioma.

Las tácticas de Ariadna para ayudarla a vencer su timidez estaban dando sus frutos, y eso que el camarero era mucho más que guapo.

—Una Cola, por favor.

—¿Sola? —preguntó extrañado.

—Sí.

—Una chica sana —comentó acercando su cara a la de Alba para que pudiera oírle, justo cuando la canción que sonaba en ese momento bajaba de intensidad, casi deteniéndose.

—No tan sana, la última vez que la vi nos acabamos juntos dos botellas de tequila —anunció una voz conocida a su espalda. Sintió una mano cálida posarse en su hombro cubierto por la fina gasa del top.

—En realidad te las bebiste casi todas tú —respondió sin girarse—. Yo solo te hice compañía.

El camarero sonrió, dejó el refresco frente a Alba, y saludó con un fuerte apretón de manos al recién llegado.

—Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Martín.

Y tras el breve intercambio, el chico desapareció discretamente, con paso resuelto, para instalarse en la otra punta de la barra, dejándoles la intimidación que supuso que buscaban.

—Alba, cuánto tiempo. —Se acercó Alberto, con intención de darle dos besos. No obstante, solo recibió una mirada de indiferencia y una mano extendida, que pretendía cambiar el saludo más cariñoso que él estaba ofreciendo, por otro frío e impersonal.

Sorprendido por su reacción, pero con su habitual buen humor, extendió ambas manos y aprisionó con ellas la que Alba le tendía, llevándosela a los labios y besándola con suavidad.

—Me alegro de verte. Estás preciosa.

—Gracias. ¿Me disculpas? Tengo que hablar con alguien —se excusó para marcharse de allí, sin siquiera darle un sorbo a su bebida.

—Por supuesto.

Con el corazón retumbando en su pecho, y la garganta reseca, se dio la vuelta y rezó para que por una vez en la vida el cuarto de baño de mujeres estuviera vacío.

No es que Dios estuviera atento a la petición, era más bien que al estar en la zona vip del Hado, había más lavabos de lo habitual, así que Alba corrió a esconderse.

Estuvo un largo minuto de pie, intentando controlar los nervios y la incómoda sensación que se retorció en su estó-

mago.

Al volver a llevarse la mano al cabello, gesto con el que se infundía valor, percibió el inconfundible perfume de Alberto, que seguramente se había transferido cuando la había tocado con el apretón y el posterior beso. Gimió de frustración y de algo más...

Lo que menos necesitaba era volver a toparse con él y verse obligada a oler su delicioso aroma, ¡por Dios! Si hasta se le hacía la boca agua.

Estaba a punto de salir al área donde se encontraban las pilas y las toallas para lavarse las manos, cuando su sentido menos común se impuso:

*No pasa nada si no me voy inmediatamente. No es tan grave que quiera disfrutar unos segundos más de ello. ¿No? Todo el mundo sabe que la carne es débil. Yo no voy a ser una excepción.*

Alberto se quedó parado en el mismo sitio en que hacía unos instantes había hablado, o al menos intentado hacerlo, con Alba. Se sentía confuso por su frío recibimiento. No es que resonara en su mente cada detalle de la boda de Ariadna y Daniel, pero lo poco que (afloraba) en sus embriagados recuerdos era los momentos que había compartido con la rubia menuda y preciosa que acababa de dejarle con la palabra y algo más, en la boca.

¿Qué había pasado esa noche para que ella hubiese huido tan despavorida? ¿Por qué no había consentido el contacto más íntimo y personal del beso en la mejila? No fue capaz de responder ninguna de las incógnitas que le preocupaban, ya que en ese momento la vio salir del baño y acercarse a un pequeño grupo en el que charlaban Maxim Holt, reputado fotógrafo y amigo personal suyo, y Marcel Flaubert, el representante de la casa cosmética en España.

Decidido a comprobar hasta qué punto se había quebrado la complicidad que habían compartido meses atrás, cogió el refresco que Alba había dejado sobre la barra y se acercó hasta ellos, con una sonrisa traviesa.

—Buenas noches caballeros, Alba, te he traído tu copa —anunció al tiempo que le tendía la Cola.

—Gracias —se limitó a responder.

La respuesta de Maxim fue más exaltada que la de Alba. En una zancada se acercó hasta Alberto y le propinó la típica palmada en la espalda que hubiera tumbado a alguien más delgado que el fotógrafo.

—Cuánto tiempo sin verte, Alberto, ¿dónde has estado?

—En Estambul. He pasado allí un mes —explicó tras devolverle el saludo con la misma fuerza con la que había recibido el suyo.

—Llámame antes de volver a desaparecer y nos tomamos algo juntos. Luego te veo Marcel, Alba, como siempre encantado de verte —se despidió dejando al recién llegado con Alba y Marcel.

Fue este último quien se vio obligado a hablar para romper el incómodo silencio que se había instalado tras la marcha de Maxim.

—Veo que conoces a la señorita Santos.

—Sí, podría decirse que somos viejos amigos —pinchó Alberto obteniendo lo que buscaba en la respuesta airada con la que ella le obsequió a continuación.

—Yo diría que eso es una exageración. Dejémoslo en que nos conocemos —dijo riendo. Era plenamente consciente de que no debía airear sus trapos sucios delante de Marcel, pero tampoco podía dejar pasar la abierta provocación de Alberto.

—¿Prefieres entonces que hablemos de negocios en otro lado? —ofreció Marcel—, estoy seguro de que Alberto lo comprenderá.

—No será necesario. El señor Cifuentes es íntimo amigo de mis jefes, estoy convencida de que mantendrá el secre-